

# El papel del ilustrador

Notas para una polémica

por Consuelo Armijo

*A partir de su propia experiencia, la autora cuestiona, en las líneas que siguen, el supuesto valor de las ilustraciones en los libros dirigidos al público infantil y juvenil. Es, pues, una reflexión para la polémica.*

**E**l mundo de las letras, igual que el mundo del lenguaje oral, es un medio de comunicación.

Hay quien cuenta cuentos de palabra, y hay quien escribe cuentos, y por supuesto, hay quien lee cuentos y hay quien escucha cuentos. Pero ni las historias escritas, ni las narradas oralmente, contienen imagen. Ésta es abstraída por el lector o el oyente de las palabras del narrador, y el narrador, a su vez, también se imagina lo que narra. Él o ella quiere transmitir esa imagen que bulle en su cerebro, ese movimiento, ese transcurrir del tiempo,

esa acción. La forma en que lo vaya exponiendo está sin duda llena de matices. Puede contener ironía, poesía, filosofía, etc. Que el lector o el oyente lo capte o no depende de la habilidad del autor para expresarse, para transmitir lo que quiere y de la capacidad del lector o del oyente para entenderle.

El niño está sin duda muy acostumbrado al lenguaje oral. Lo aprende sin que nadie le enseñe. Lo practica constantemente. No le sucede lo mismo con la escritura. Leer, al principio de nuestra vida, significa un esfuerzo. Demasiadas letras juntas pueden re-



sultar entonces poco atractivas. Sin embargo, ¡qué importante es que el niño se aficione a la lectura! Quien tenga algo que valga la pena decir en la vida se lo confiará a las letras mejor que a cualquier otro medio de comunicación. Por su duración, por su forma de difusión. Una persona que lee será una persona informada, y si los niños no vencen esa pereza a las letras, pocas probabilidades hay de que haya adultos lectores.

No falta quien piensa que las ilustraciones son contraproducentes ya que limitan la imaginación del lector, sobre todo en los libros de fantasía, al ver representado lo que en las letras se dice. Cómo se lo dan hecho no hace falta imaginarlo. Desde luego no les falta razón. Pero también hay quien dice que un libro ilustrado resulta más atractivo a los ojos del niño porque le ayuda a leer, le hace perder miedo a las letras. Y tampoco les falta razón.

Puede ser que el primer supuesto sea válido para niños superdotados o muy inteligentes, y el segundo para niños normales. Además, hay que añadir que si las ilustraciones están bien hechas, ayudan a la comprensión del texto y pueden estimular la imaginación de los pequeños a una creatividad posterior.



Lo que no cabe duda es que quien ilustra, ilustra algo. Los ilustradores no crean de la nada, se basan en un texto. A no ser que sea el ilustrador el que haga una historia en imágenes y pida a un escritor que la relate, pero esto raramente se hace. Además, si la historia en imágenes tuviera sentido propio, el texto sería innecesario. En todo caso, pienso yo, entonces sería el escritor el que «ilustrara» la historia, como un ejemplo ilustra una idea.

Sin embargo, ahora ha surgido entre algunos ilustradores, yo creo que

por un mal entendido orgullo, o por un indebido complejo de inferioridad, la idea de que no es necesario atarse al texto. Quieren libertad, quieren pintar lo que les parezca. No les interesa lo que el autor pretenda transmitir, quieren dar su versión libre del texto, y resulta que los que piensan esto, dan siempre una versión absolutamente equivocada, lo cual tiene muchísimo menos mérito que ser capaces de captar ideas y plasmarlas en dibujos, lo cual les convierte en una magnífica aportación al libro.



## ILUSTRACIÓN

No sé, depende del niño si las ilustraciones estimulan o limitan su imaginación; lo que es indudable es que influyen en él, en la manera de imaginarse la historia. Abren una página y lo primero que ven, antes de leer las letras, es la imagen, y eso tiene fuerza. Y yo me pregunto: ¿qué derecho tiene un ilustrador a influir, a predisponer al niño para que interprete mal nuestro texto? Si quieren ir por libre que pinten cuadros, que expongan (hay muchísimas salas), que luchen por su cuenta o que hagan sus propias historias, pero que no se metan en nuestros libros, que no mezclen sus invenciones con nuestras historias.

Si un cuento describe unos seres tiernos, inocentes, inofensivos, a los que los niños quieren, aplauden y dan chocolate, y al ilustrador le da por pintar un ser agresivo, irritado, con unas fauces abiertas que darían envidia al león más fiero de la más temible selva, ese dibujo es castrante para la historia, que sería comprendida e imaginada cien veces mejor sin ese pegote al lado que no tiene nada que ver con ella. Si el texto dice «Oh terror, oh pavor, salió X (un ser inofensivo y casi sin fuerza) con una escoba». Ese «Oh terror, oh pavor» está lleno de ironía. Pero si el dibujante, ¡tan listo él!, pinta una escena de espanto



digna de la más espeluznante película de Drácula o Frankenstein, está quitando al texto todo su sentido del humor, y predisponiendo al joven lector a interpretarlo mal.

Si el autor describe a unos seres que van en fila con los pequeños delante y los mayores detrás, y su matiz oculto es dar preferencia al débil... Ahora viene el ilustrador que no quiere ajustarse al texto y pinta el mayor delante y el pequeño detrás, ¡no vaya a ser que se crean que él es un mandado!... y el matiz del autor se va al garete.

Aparte del indudable confusionismo que puede crear en la mente infantil la enorme falta de lógica que encierra esa contradictoria expresión de una misma cosa, de una misma situación y, a veces, hasta el diferente color del mismo pelo o del mismo traje.

No comprendo cómo hay quien defiende esa clase de ilustraciones. Nuestros cuentos están mejor sin ilustrar que ilustrados de esa manera. Claro que el que esta forma sea nueva (espero que no dure mucho) y que siempre ha habido quien defiende





todo lo nuevo, lo no tradicional, sin discriminación alguna, por el mero hecho de ser nuevo, puede ser la única explicación.

Quiero dejar claro que no digo que todas las ilustraciones que no se ajusten al texto sean necesariamente feas o carentes de arte. Lo que sí digo, y repito, es que si no se adaptan al texto no tienen por qué estar al lado de éste, en el mismo libro. Y que si se quiere ir por libre hay que crear sobre una hoja en blanco, sin texto ninguno al lado.

Y bueno, ya para acabar, otra cosa sobre ilustradores. Éstos, a quienes hasta hace poco siempre les ha pagado el editor un tanto alzado, ahora parece que quieren un porcentaje sobre las ventas. Pero la cuestión es que no se lo piden al editor, qué va; por lo visto, al editor, que indudablemente es el encargado de pagarles, hay que bailarles al agua. Quieren que sea el escritor, que ha tenido el valor de pedir y conseguir del editor el justo pago de su trabajo, el que comparta con ellos sus bien merecidos derechos. ¡Bien

pensado! ¿Verdad? Así seguro que se ganan el apoyo del editor que, ante la perspectiva de ahorrarse un sueldo, no dudará en presionar al autor para que ceda. ■

